



Los colores de la vida

Marta estaba muy contenta porque iniciaba la Secundaria. El primer día había sido duro: muchos profesores, materias nuevas, nuevos compañeros... y ya tenía un ejercicio para realizar.

El profesor de Educación por el Arte les había propuesto un trabajo sobre los colores, y ella tenía claro cómo lo iba a plantear. Propuso a su amiga Clara ir de excursión el fin de semana siguiente para preparar juntas su trabajo de observación.

— ¿Qué harás, Marta? Yo todavía no lo tengo claro.

— No te preocupes; en la excursión ya lo descubrirás.

Cuando llegó el sábado, las dos amigas se dirigieron a la estación y subieron al omnibus que tenía el destino más lejano. En su mochila llevaban libretas, lápices y comida para pasar el día.

Marta corrió para poder sentarse junto a la ventana y Clara se puso a su lado. El omnibus emprendió la marcha y, poco a poco, se adentró en una zona de fábricas.

— ¡Gris! — dijo Marta.

— ¡Qué triste! — respondió Clara.

— ¡Verde! — exclamó Marta conforme se iban acercando a la alameda.

— ¡Qué bonito! — le dijo Clara, señalando un riachuelo—. Cuando el agua pasa entre la arena va dibujando curvas a derecha e izquierda.

— ¡Qué azul más intenso! — exclamó Marta.

— Es el reflejo del cielo — dijo Clara.

El viaje continuaba y el traqueteo del omnibus era cada vez mayor porque atravesaban una zona montañosa.

— ¿Sabes cómo se llaman aquellas montañas? — preguntó Clara.

— ¡Fíjate, están nevadas! Primero hay eucaliptos verdes, claros y oscuros, y luego, un poco más arriba, todo está blanco — fue la respuesta de Marta.

— ¡Y más allá de la montaña la selva amazónica, verde y alegre.

— Me gusta este viaje — le dijo Clara a su amiga —, y viendo todo esto, me pregunto: ¿Cómo se ha hecho el mundo? ¿Por qué hay tanta belleza a nuestro alrededor?

Marta no le dijo nada a su amiga porque estaba tomando notas en su libreta. Pero ella también se hacía las mismas preguntas algunas veces.

— ¿Por qué se mueren las cosas? ¿Y las personas?

— continuó preguntándose Clara.

Cuando llegaron a su destino, buscaron un sitio tranquilo para comerse el refrigerio. Clara, que continuaba observando todo lo que pasaba a su alrededor, le dijo a Marta:

— Escucha cómo cantan los pájaros y el susurro de la brisa del aire... ¡qué música más dulce! ¡Qué maravilla!

Marta continuaba inmersa en sus notas. Ya tenía muchos colores anotados, no le cabían en la libreta. ¡Qué contenta estaba!

En el trayecto de vuelta a casa, empezó a oscurecer. Ahora ya no se veía el Sol, y la Luna había ocupado su lugar. ¡Qué cielo tan bonito!

— ¡Marta, mira cuántas estrellas hay! ¿Podrías contarlas? Allá lejos, ¿ves?, está la Cruz del Sur; y, si nos fijamos más, quizá podamos ver alguna estrella fugaz.

— ¿De qué color es la Luna, Clara?

— No lo sé, quizá sea blanca — respondió Clara—. ¿Has visto? Se puede reconocer la Vía Láctea. Cuando observo estas cosas me doy cuenta de lo pequeñas que somos las personas. ¿Cómo podemos vivir así, siendo algo tan diminuto?

El omnibus empezaba a frenar. Marta y Clara recogieron sus cosas. Su excursión había terminado. Cada una de ellas se había fijado en aspectos distintos durante la excursión.

